

Scipio Slataper

Mi Carso

(fragmentos)

Traducción de Nevía Manzi

Quisiera decirles: nací en El Carso, en una casita con el techo de paja ennegrecida por las lluvias y el humo. Había un perro trasquilado y ronco, dos gansos con la panza enlodada, una pala, una azada y un montón de abono casi sin forraje de donde escurrían, después de la lluvia, hilitos color marrón.

Quisiera decirles: nací en Croacia, en el gran bosque de robles. En invierno todo estaba blanco de nieve, la puerta no podía abrirse sino a empujones y en la noche oía aullar a los lobos. Mamá me enrollaba las manos hinchadas y rojas y yo me echaba junto al fuego sollozando de frío.

Quisiera decirles: nací en la llanura morava y corría como una liebre por los largos surcos despertando a las cornejas que graznaban. Me echaba con la panza al suelo, arrancaba una terrosa remolacha y la roía. Después vine aquí, intenté domesticarme, aprendí el italiano, escogí a mis amigos de entre los más jóvenes y cultos; pero pronto tengo que volver a la patria porque aquí me siento muy mal.

Quisiera engañarlos pero no me creerían. Ustedes son astutos y sagaces. Ustedes se darían cuenta en seguida de que soy un pobre italiano que intenta rehuir sus solitarias reflexiones. Es mejor que les confiese que soy su hermano, aunque tal vez los mire ensoñado y distante y me sienta aturrido frente a su cultura y sus razonamientos. Acaso tenga miedo de ustedes. Sus reflexiones me envuelven poco a poco, mientras los escucho desinteresado y feliz no me doy cuenta de que ustedes están deleitándose con su ánimo inteligente y entonces me abochorno y me quedo callado en la esquina de mi mesita y pienso en el consuelo de los grandes árboles abiertos al viento. Pienso con nostalgia en el sol sobre las colinas y en la próspera libertad; en los verdaderos amigos que me aman y me reconocen en un apretón de manos, en una carcajada de risa sosegada y plena. Ellos son sanos y buenos.

Pienso en mis lejanos orígenes desconocidos, en mis abuelos surcando el infinito campo con el arado tirado por cuatro caballones abigarrados, doblados con el mandil de cuero frente a las calderas de vidrio fundido, en mi emprendedor abuelo que baja hacia Trieste en la época del puerto

franco; en la gran casa verdosa donde nací, donde vive nuestra abuela, endurecida por el dolor.

Era hermoso verla sentada en el amplio balcón espacioso sobre las enormes llanuras, las montañas y el mar; ella, enjuta y resistente junto a mi otra abuela, la *veciata* veneciana rubicunda y descuidada que tenía casi ochenta años y a quien todavía podía vérselo el fuerte palpitir azulino subiendo y bajando en esa piel suave como una hoja. Ella me hablaba del Sitio de Venecia, del costal de papas en medio de la bodega, de la bomba que horadó un pedazo de la casa y tenía una pañoletita blanca sobre el poco pelo fino que le quedaba, y era alegre. Cuando venía a comer con nosotros, papá le decía siempre: "Benditos los ojos que te miran." Pero en aquel entonces ella no me interesaba. Yo corría velozmente hacia el campo a jugar con los árboles.

Nuestro jardín estaba lleno de árboles. Había un castaño de Indias rojo con dos ramas en forma de horca donde había que poner el pie para subirse y donde después, al no poderlo sacar, había que abandonar el zapato. Desde su copa más alta veía las tejas rojas de nuestra casa, llenas de sol y de gorriones. Había una especie de abeto viejísimo por el que se trepaba una glicina roja como una boa, rugosa, acanalada, torcida, que servía magníficamente para las subidas precipitadas cuando se jugaba a las escondidillas. Yo me ocultaba de seguido sobre ese viejo ciprés rico de rincones profundos y de matas y en primavera, mientras espía desde allá arriba el paso cauteloso del pajarero, me divertía chupando un manojo de glicina que me restregaba fresco sobre los ojos como un racimo de uvas. La flor de glicina tiene un sabor dulce-amargo, como de hojas de durazno y un poco como de éter.

Había también muchos árboles, fructíferos ciruelos, especialmente higueras. Apenas las flores perdían los pétalos y los pistilos engrosaban, ya estaba yo allá arriba para probarlos aún tiernos. ¡Tiernos son deliciosos! La cáscara del hueso todavía está suave como leche cuajada y adentro hay un poco de agua limpiísima y exquisita para chupar. Luego, después de algunos días, cuando mamá salía de nuevo para ir con la tía, regresaba con una goma gelatinosa, dulce, como para sorber con la punta de la lengua. Pero es sabrosa como la carne, así, áspera. Al principio el diente tiene miedo

de hincarse y la estruja preocupado mientras la lengua la humedece ricamente y saborea la linfa de las pequeñas picaduras. Después puede morderse. Las encías queman, los dientes se aprietan uno contra otro, se vuelven filosos y duros como piedras y toda la boca se transforma en agua deliciosa.

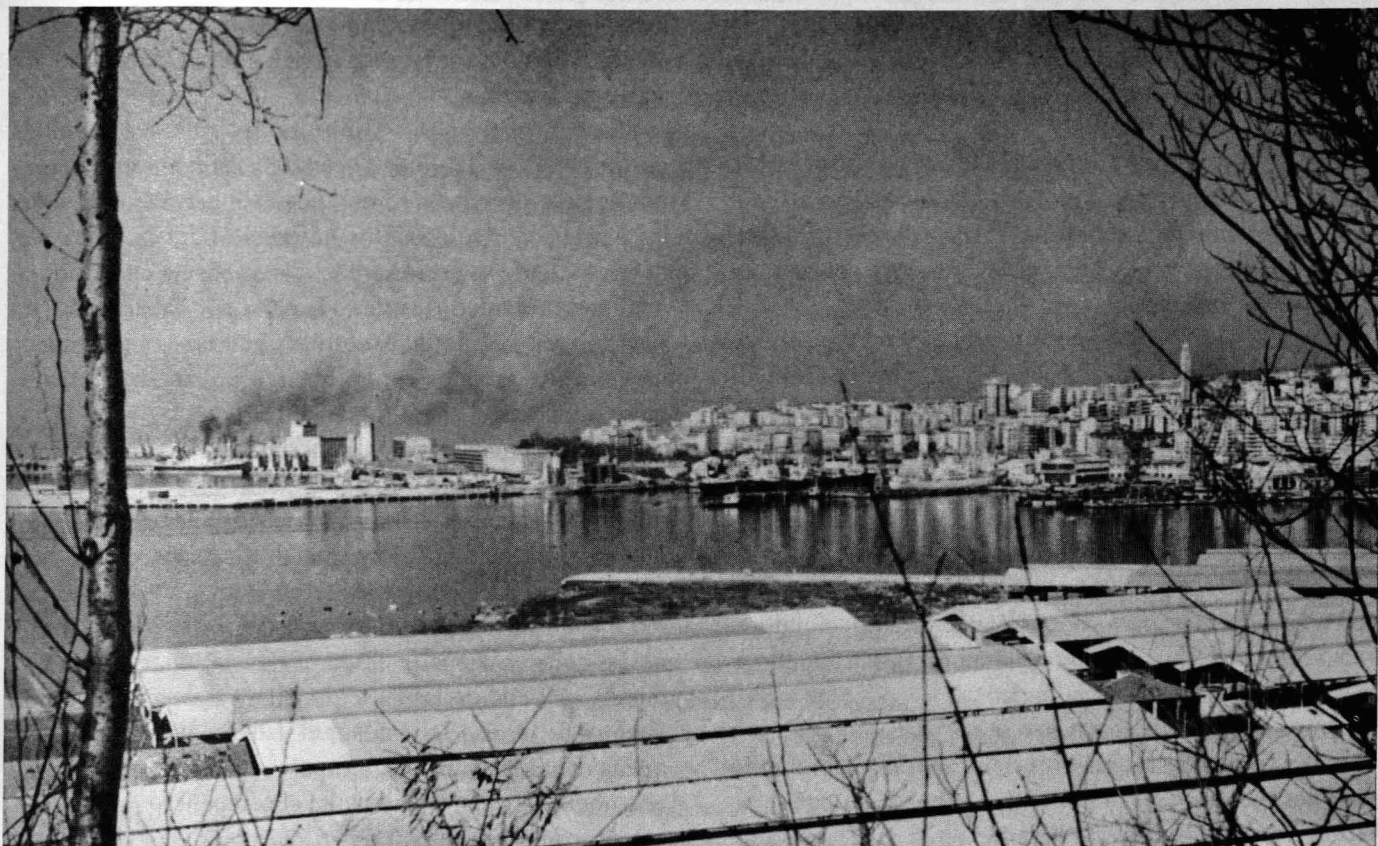
Pero cuando llega el verano hay que ser unos verdaderos lirones para alcanzar las pocas frutas que quedan. Ir donde los pájaros no tienen miedo porque no están acostumbrados a ser alcanzados también allá arriba. En la bifurcación de los dos ramajes más altos me detenía enganchado con un pie y, balanceándome con la pierna derecha extendida, me deslizaba con la izquierda como una oruga sobre las ramas aguantando la respiración hasta que llegaba al punto donde la rama se doblaba y poco a poco se acercaba hasta mi boca. Algunas veces tenía que abandonar el intento porque la abuela gritaba: “¡Hijos! ¡Se matarán en esos árboles!” Entonces me quedaba silencioso, ruborizado y me resbalaba hacia abajo como culebra. Y había también, cerca de la pared de la calle, un tejo apolillado que cortaba fácilmente en largos trozos para verlo más limpio y más rojizo. Tenía, en el tercer piso, dos ramas a manera de cama y ahí dormía algunas tardes; o, si no, contemplaba como en un trono a los muchachos de la calle que se lanzaban para agarrar las bayas rojas que yo aventaba hacia abajo como todo un señor. (Yo no las comía, me daban asco.) Después, animado, comenzaba a lanzar piedras con la honda, y entonces, después de saltar hacia abajo como demonio, corría hacia el portal, arrancaba varitas de hierro que servían como cerrojo y seguía corriendo por las calles precipitadamente casi hasta el centro

de la ciudad, con pantaloncitos y camiseta a rayas blancas y azules, con mis largos rizos rubios, gritando “¡dále, dále!” Y en la noche me dormía acostado en la cama mientras mamá todavía me quitaba los calcetines llenos de mierda y cascajo. Mi buena y querida mamá.

[...]

¡Los muchachos! Hacían la guerra lanzando pedradas terribles en Sanza, una antigua fortaleza triestina derrocada cerca de nuestra campiña. Ahí los oímos gritar, correr, masacrarse. Eran italianos y negros. Ganaron los italianos. Y uno de ellos bajaba con el cuello roto y cantaba cadenciosamente: “Pero mientras, ¡yo gané!, pero mientras, ¡yo gané!” Yo vi toda la guerra Abisinia sobre un enorme mapa que papá había clavado en nuestra recámara; con el *Piccolo** en la mano nos explicaba hacia dónde avanzaban los italianos. Estaban abajo, a caballo, con las plumas en la cabeza y hollín en la cara, “*Meneli ras Aula*”: y con un alfiler yo clavaba sobre el mapa unas diminutas banderas. Estaba muy contento de que los italianos fueran ganando. Creía haber rezado por ellos. En ese tiempo creía en Dios y rezaba cada noche: “Padre nuestro que estás en los cielos”, y después apretaba los párpados, me quedaba quieto pensando nada más en esa persona que Dios deseaba que yo amara. Y esto era rezar y rezaba por mi bella Italia que tenía un gran acorazado, el más fuerte del mundo que se llamaba “Duilio”. Nuestra patria estaba allá, más allá del mar; en cambio, aquí mamá ce-

* Se refiere al periódico el *Piccolo* de Trieste.





rraba las persianas por la vigilia de la fiesta del emperador, porque nosotros no iluminábamos la casa y temíamos alguna pedrada. Pero Italia ganará y vendrá a liberarnos, Italia es fuertísima. Ustedes no saben lo que eran para mi las palabras "tirador certero".

[...]

¡Carso que eres duro y bueno! No guardas reposo y estás desnudo en el hielo y en agosto, mi Carso quebrado es llevado hacia una línea de montañas para correr hacia una meta; pero las montañas se quiebran, el valle se cierra, el riachuelo desaparece en la tierra.

Toda el agua se abisma en tus hendiduras; el líquen seco se vuelve gris sobre la roca blanca, los ojos me tiemblan en el infierno de agosto. No hay tregua.

Mi Carso es duro y bueno. Pero cada otoño otra hoja café se abre en sus raíces y su poca tierra rojiza sabe todavía a piedra y a hierro. Es nuevo y eterno. Y de nuevo surge en él una inofensiva loma, y reposa como niño entre rojos duraznos y efímeros elotes.

Tendido en tu regazo siento alejarse en lo profundo el agua recogida de tus abismos, agua única, fresca, que llevaba tu salud joven al mar y a la ciudad.

Amo el agua de tus grutas que se resbalaba benéfica por las calles. Amo a estas mujeres del Carso que apretando entre los dientes, contra la bora, el cabo de su pañoleta, bajan en grupos a la ciudad llevando en la cabeza un gran

jarrón niquelado lleno de leche caliente. Y amo la línea blanca del amanecer, el doloroso quemar de la aurora entre la neblina de la ciudad. Aquí todo es orden y trabajo. A las seis de la mañana el piloto de turno, congelado, con los ojos quemados por la desvelada, saluda en el puerto franco al conserje que abre el almacén de instrumentos. Enormes bueyes jalan con lentitud los vagones vacíos cerca de los paquebotes recién llegados la noche anterior; y cuando los vagones están en su lugar, a las seis y diez, los estibadores se dispersan por los cobertizos. Llevan en los bolsillos una pipa y un trozo de pan. El jefe de una cuadrilla sube sobre una tarima de carga; a su alrededor se juntan más de doscientos hombres con sus libretas de trabajo levantadas y gritan para ser contratados. El jefe de cuadrilla arrebatá, escogiéndolo rápidamente, cuantos libritos le sirven; después se marcha, seguido por los contratados. Los demás se quedan en silencio y se dispersan de nuevo. Pocos minutos antes de las seis y media, el mecánico con la camisa azul sube por la escalera de las grúas y abre la presión del agua; hasta el fin, por último, llegan los carros, las enormes escaleras impresionantes y ruidosas. Un sol anaranjado rebosa sobre las siluetas grises de los almacenes. El sol es diáfano en el mar y en la ciudad. Sobre el malecón, Trieste se despierta llena de movimientos y colores.

Y llevan anclas nuestros robustos paquebotes hacia Salónica y Bombay. Y mañana las locomotoras aturdirán el puente de hierro y se irán viajando junto al Elba a través de Alemania.

Y también nosotros obedeceremos a nuestra ley. Viajaremos inseguros y nostálgicos, empujados por memorias anhelantes que no hallaremos en ningún lugar. ¿De dónde hemos venido? Lejos está la patria y el nido deshecho. Pero conmovidos de amor regresaremos a nuestra patria Trieste y aquí empezaremos.

Nosotros queremos a Trieste por el alma atormentada que nos ha dado. La ciudad nos arrebató de nuestros pequeños dolores y nos hace suyos y nos hace hermanos de todas las patrias combatidas. Nos ha criado para la lucha y el deber. Si desde su esfuerzo por vivir se afirma en el mundo una nueva voluntad, Trieste es bendita por habernos hecho vivir sin paz y sin gloria. Nosotros te queremos y te bendecimos porque estamos contentos de que, acaso, podamos morir en tu fuego.

Nosotros iremos por el mundo sufriendo contigo. Porque nosotros amaremos la nueva vida que nos espera. Es fuerte y dolorosa. Tenemos que sufrir y guardar silencio. Tenemos que estar solos en cualquier ciudad extranjera, donde envidiamos al carretero que maldice en la lengua conocida por todos y donde andamos desconsolados entre rostros desconocidos que no sueñan nuestra existencia; allí levantamos la mirada más allá de las impenetrables casas, temblando de llanto y de gloria. Tenemos que padecer bajo nuestra pequeña condición humana, incapaces de calmar el sollozo de una niña y de guiar nuevamente al compañero que se acerca y pregunta ¿por qué? ◇